

## Introducción

La figura del contraguerrillero liberal Tirso Lacalle, que nació y operó en “el país carlista” por excelencia de Navarra, su zona Media, es tan interesante, como sumamente controvertida. Ahora bien, su trayectoria, muy conocida a grandes rasgos en su tiempo, casi se olvidó posteriormente, más allá de las referencias de la publicística tradicionalista a su presunta crueldad y maldad, y de la liberal y republicana a su valor personal, su pericia militar y a su entrega y compromiso con la defensa de la libertad.

En buena medida la imagen predominante sobre este invicto liberal, que paradójicamente fue declarado inútil y por tanto exento del servicio militar, es la propagada por los autores carlistas o afines, que siempre han insistido en presentar a “el cojo de Cirauqui”, como se le denominaba, porque lo era de la pierna derecha, como un sanguinario y vengativo asesino que en varias ocasiones habría fusilado a algunos de sus prisioneros<sup>1</sup>. De hecho, durante la última guerra carlista *El Cuartel Real* lo tildó de “tan cobarde como malvado”, “feroz bandido” y “asesino” y, con motivo de un viaje de Lacalle a Madrid, se refirió a él en los siguientes términos:

*Las infamias, fechorías y crímenes que al frente de su partida de malhechores y con el beneplácito de las autoridades ha llevado a cabo este aborto de la noble y leal Navarra, bien merece que el Gobierno que tales seres patrocina le otorgue un distinguido premio, que harto han de merecer sus relevantes servicios<sup>2</sup>.*

Todo esto explica la expresión “¡Eres más malo que el cojo de Cirauqui!” o que se diga que se asustaba a los niños, exclamando “que

viene el cojo de Cirauqui”<sup>3</sup>. En 1930 el carlista Eugenio Córdoba Aguirregaviria trató de justificar los excesos del cura de Santa Cruz, diciendo “¿qué no hubiese hecho en su lugar el *Cojo de Cirauqui*, pongo por ejemplo?”<sup>4</sup>.

Esta mala fama ha propiciado que se hayan cometido equivocaciones sorprendentes al basarla en hechos absolutamente falsos. Así, hay quien aseguró que fue un “activo represor” en la zona de Punte la Reina durante la guerra civil de 1936-1939<sup>5</sup>. Del mismo modo, en su tiempo un falcesino explicó su “maldad” del siguiente modo: “Como no había de ser malo si los carlistas le mataron la mujer y los hijos”<sup>6</sup>. Implícitamente, el testimonio se refiere a la última guerra carlista, pero Lacalle no se casó por primera vez hasta 1884 y su primer hijo nació en 1889.

Otros ejemplos de esta imagen negativa es la que proyectó el conocido notario Leandro Nagore que le responsabilizó de “hechos que ni los vándalos los cometieron en su irrupción por España”, y habló de

*esas hordas de los llamados forales y partidas sueltas como las del Cojo de Cirauqui y alguna otra que el Gobierno tiene a su servicio para más vergüenza suya y desprestigio del Ejército*<sup>7</sup>.

Por su parte, el político carlista, concejal de Pamplona, miembro destacado del Sindicato Libre y director de *El Pensamiento Navarro* entre 1933 y 1966, Francisco López-Sanz, habló de “la partida de facinerosos acaudillada por el tristemente famoso ‘Cojo de Cirauqui’ que tanto dejaron que lamentar durante la última guerra carlista”<sup>8</sup>.

Frente a esos dicitos, y otros parecidos, la prensa y los autores liberales alabaron sobremanera a Tirso Lacalle y los corresponsales de guerra de los periódicos de Madrid en Navarra presumieron de ser amigos suyos y de haberse entrevistado con él, alguno incluso diciendo que lo había hecho durante horas<sup>9</sup>. A la mayoría de ellos les sorprendió su apariencia y sobre todo su manera de ser, al comprobar que no se correspondían en absoluto con las que se suele atribuir a los guerrilleros españoles. Lo describen como rubio y barbilampiño y destacan sus buenos modales, su formación e incluso alguno afirma que tocaba el piano. Es significativo que, aunque solo

llegó a capitán de caballería con frecuencia los periódicos liberales lo citen como comandante e incluso como teniente coronel, y lo califiquen comúnmente de “bravo”, “intrépido e incansable”, “infatigable y entendido contraguerrillero”, “valiente”, “heroico”, “bizarro”, “arrojado”, “afamado” o “simpático, bravo, entendido, inteligente y audaz”<sup>10</sup>. Igualmente pusieron de manifiesto la incapacidad de los carlistas para derrotarle y su “terror” a enfrentarse con su contraguerrilla. Un periodista declaró que, siendo “tan feroz e implacable al frente de su fuerza, en el trato personal es un modelo de dulzura, de educación y buenas formas”<sup>11</sup>.

Para *La Época* (18-12-1895) la figura de Tirso Lacalle sobresalió en la historia de las guerras civiles “como una de las más salientes entre las de aquellos héroes legendarios que simbolizan el arrojo y el valor de la raza española”. En 1950 el diplomático donostiarra Federico Oliván homologó su apodo al de otros como “Manco de Lepanto”, “Tigre del Maestrazgo” o “El Espadón de Loja”, “que son inseparables de figuras relevantes de las epopeyas militares o de las antologías públicas hispanas”<sup>12</sup>.

Con todo, también hay algún autor liberal, que habla de sus sorpresas y actos valerosos y audaces en la guerra, pero asimismo de “algunas terribles represalias e inhumanos fusilamientos”<sup>13</sup>.

En este sentido ciertamente hubo periódicos liberales y republicanos que, a la vez que celebraron sus éxitos militares, quizás sin pretenderlo, también dejaron una imagen de Lacalle poco favorable en algunos aspectos. Por ejemplo, como se dice más adelante, el periódico republicano federal santanderino *La Voz Montañesa*, a la par que exageró palmariamente el número de muertos que había hecho en la acción de Biurrun, recogió unas presuntas declaraciones suyas en las que justificaba matar rápido a sus prisioneros porque así evitaba caer en manos del enemigo. También, un periodista destacado en Tafalla le atribuyó haber dicho, cuando le preguntaban si no había matado bastantes carlistas, que todavía le faltaban 17, aludiendo a los voluntarios asesinados en julio de 1873 en Cirauqui, que en realidad fueron 37<sup>14</sup>.

De cualquier modo, sus hazañas en la última guerra carlista le dieron gran celebridad. El dibujante José Luis Pellicer<sup>15</sup>, que seguramente se entrevistó con él en mayo de 1874 cuando estuvo en

Monte Esquinza, no lejos de Estella, al sur de Lorca y en Tafalla<sup>16</sup>, le hizo un conocido retrato, copiado del natural, que fue reproducido en 1875 por *La Ilustración Española y Americana*. Esta revista escribió entonces:

*No vamos a escribir su biografía, ni a hacer una reseña de los infinitos, atrevidos y afortunados hechos de armas que Tirso Lacalle ha dirigido y realizado en Navarra, con los pocos valientes que le siguen, desde los primeros días de la malhadada insurrección carlista; para lo primero nos falta espacio en esta reducida sección del periódico, y los segundos son demasiado conocidos, son populares en España y en el extranjero.*

*Además, ¿quién no ha leído las interesantes Cartas del Norte que el Sr. D. Mariano Araús ha publicado en El Imparcial? ¿Y quién, sí las ha leído, no recuerda una entre todas, fechada en Tafalla, y que apareció en el número de 7 de Marzo de 1875? (...)*

*Por ella sabemos que Tirso Lacalle, educado en París con delicadeza, amante de la justicia, inclinado al bien por naturaleza y por convicción, acaso no habría traspasado los límites de la molesta oscuridad en que vivía si no hubieran ocurrido las sangrientas escenas de que fue teatro en 1873 el fuerte-iglesia de Cirauqui<sup>17</sup>.*

Tras la batalla de Biurrun José Gainza Garamendi (Allo, 1844-Madrid, 1882)<sup>18</sup> compuso un himno guerrero, “A Dn. Tirso Lacalle. El héroe de Cirauqui”, que tenía como letra una poesía de J. P. Castillo, a la que se alude más adelante, en la que lo califica “de bravo entre los bravos que al sicario derrota veloz”. Su fama durante la guerra carlista se extendió a partir de la masacre de julio de 1873. Poco después de esta fue recibido por el presidente de las Cortes, en septiembre de 1875 se entrevistó con Espartero en Logroño y en 1876 con Cánovas del Castillo. Asimismo, al final de la guerra carlista ya se había compuesto la habanera “El Cojo de Cirauqui” que fue programada en un baile de máscaras organizado por la Asociación de Escritores y Artistas para el 27 de febrero de 1876<sup>19</sup>.

Cuando se retiró, *El Imparcial* (16-1-1901) consideró que se había ganado la pensión de 205 pesetas mensuales, teniendo en

cuenta “tantos hechos heroicos en defensa de la libertad”. El escritor militar Juan Lapoulide, que siendo alférez del ejército había coincidido con “el Cojo” los últimos meses de 1875 en Tafalla, se refirió a esa noticia de *El Imparcial* en un artículo, “Un olvidado. El Cojo de Cirauqui”, publicado en el periódico político y literario de Jerez de la Frontera *El Guadalete* (5-2-1901). A su juicio Lacalle, “hombre fuerte, no muy alto, de rostro casi imberbe”, que “cojeaba algo al parecer por una fractura de pierna mal consolidada”, se merecía más, teniendo en cuenta sus laureles; describe cómo era su uniforme, el de los contraguerrilleros (guerrera, dolmán azul con cabos negros, y pantalón con franja y media bota, y un kepis a la francesa con funda de hule) y se refiere a que, a pesar de las reticencias de los militares hacia las fuerzas irregulares, todos admiraban sus hazañas; describe la acción de Biurrun, contada por un testigo, un capitán carlista apellidado Biurrun, que había trabajado como albañil en Olite, pasado después al bando liberal, quien no había encontrado palabras para rendir tributo al valor de Lacalle; también menciona que había organizado una emboscada para apresar a D. Carlos entre Mañeru y Cirauqui

*y otros mil hechos, reales unos, producto quizás otros de la fantasía popular, pero todos producidos por el temple de alma, el golpe de vista y el ardimiento que constituía la personalidad de Tirso Lacalle.*

Igualmente, Lapoulide señaló que Moriones lo estimaba mucho, que no era inculto ni tenía instintos sanguinarios como otros guerrilleros, que no había podido comprobar si era notario, como se decía, y que

*tenía buena cultura y que en la guerra demostró nobleza e hidalguía contra un enemigo que había comenzado por hacerlo objeto de actos de crueldad y felonía y que no daba cuartel a los voluntarios y demás fuerzas irregulares del campo liberal.*

Por su parte, el periódico bimensual *Los Destinos Civiles* (2-2-1901), en un artículo sobre los escalafones de la carrera administra-

tiva, incluyó una carta dirigida al director en la que se ponderaba que Lacalle se interesara más por luchar por la libertad que por su carrera militar:

*¿Recuerdas de D. Tirso Lacalle, aquel Cojo de Cirauqui que no era manco, sino una centella que Dios deparó contra los carlistas? Pues bien; a aquel espíritu guerrero, audaz, heroico, que tantas victorias alcanzó a favor de la libertad, ayudado por su famosa contraguerrilla navarra, le han dado ahora el canuto de capitán: es decir, de lo que era hace veinticuatro años, casi antes de que nacieran algunos, que no sabemos por qué, son hoy tenientes coroneles. Yo creo que la postergación del citado Cojo, habrá consistido en que no supo, como aquellos, llegar a donde en vez de balas se repartían grados, empleos y cruces. En fin, si el Cojo no estudió otra estrategia o arte, que se aguante y que dé gracias, puesto que no lo clasificaron como benemérito con derecho a destino civil<sup>20</sup>.*

La fama de Tirso Lacalle traspasó las fronteras y se convirtió en “una celebridad europea”, pues en ocasiones algunos periódicos franceses, ingleses y alemanes e incluso italianos y belgas informaron de sus acciones de guerra. Como se verá, las publicaciones extranjeras se hicieron eco sobre todo de los trágicos sucesos del 13 de julio de 1873 en Cirauqui, con noticias tomadas de la prensa española, pero también de algún corresponsal propio. Es el caso del de *Le Temps*, cuyas crónicas sobre la guerra carlista con frecuencia eran reproducidos por otros rotativos galos, incluso muchos años después de la acabada la contienda. A veces las noticias al respecto perseguían ofrecer la imagen estereotipada muy corriente por entonces de una España exótica, por primitiva, bárbara y violenta. En esta línea el periodista y escritor francés Pierre-Charles de Villedeuil<sup>21</sup>, señalando que la guerra civil en España era una suerte de deporte nacional, en 1898 habló de que “el Cojo” rivalizaba en ferocidad con “El Estudiante”<sup>22</sup> y el cura Santa Cruz<sup>23</sup>.

La distancia en el espacio y en el tiempo permitió a algún autor fantasear sobre la trayectoria de Lacalle, pues afirma que durante la guerra coincidió con él, sirviendo ambos en el bando carlista. De

ahí que su valor testimonial sea nulo, puesto que, como se verá, confunde su significación política, al hacerlo carlista, y se inventa lo que dice sobre los sucesos de Cirauqui de julio de 1873 y que asistió personalmente a un fusilamiento ordenado por nuestro personaje, pues carece absolutamente de sentido.

Como es lógico, Tirso Lacalle siempre tuvo en la memoria liberal navarra un lugar central e incluso alguno de los hechos de los que fue protagonista se recordó en el callejero de Pamplona hasta la última guerra civil. Hasta entonces los periódicos liberales y republicanos navarros lo elogiaron en los mismos términos que sus colegas del resto de España. *Heraldo de Navarra* lo trataba de “particular amigo”<sup>24</sup>; *El Demócrata Navarro* de “bravo guerrillero”, “valiente e intrépido guerrillero, fraternal amigo nuestro”, “valiente guerrillero, entusiasta demócrata”<sup>25</sup>. Para Félix Urabayen fue un guerrillero “del brío de los Minas”<sup>26</sup>.

La figura de Lacalle era conocida en los medios republicanos, y en general izquierdistas, gracias a Nakens. Así, cuando Indalecio visitó Pamplona con Alcalá Zamora en septiembre de 1932 lo recordó como “hombre modesto, que luchó denodadamente por la libertad”<sup>27</sup>.

No obstante, tras la última guerra civil, la hegemonía de la publicística carlista, que monopolizó casi en absoluto el relato sobre las guerras civiles del XIX durante décadas, y la consiguiente marginación de todo lo relativo al liberalismo navarro, sepultaron a nuestro personaje en el olvido o solo se le recordó para poner de relieve su presunta “maldad”.

De todos modos, en las últimas décadas ha despertado algún interés. En el premio de cuentos, “Antonio Reyes Huertas”<sup>28</sup>, organizado en 1990 por el Hogar Extremeño de Zaragoza, se concedió una mención especial a la obra “El Cojo de Cirauqui”, del vallisoletano Anastasio Fernández San José, que seguramente es el cuento “Sacrificado y de Soria”, publicado en 2002. En él se habla de que el comandante de un puesto militar planificó detener a un cojo para hacerlo pasar por Tirso Lacalle y que, avistado un cojo canijo con una señora pintajarreada, cuando se bajaban de un tren, fue conducido por dos soldados ante su jefe.

El detenido, muy medroso y con lágrimas detrás de sus gafas, asegura que no había hecho nada, que era inocente y no entendía por qué

había sido detenido ni por qué los soldados le insultaban y pedían su muerte por asesino. Sostiene que había tomado el tren en Tudela, con la tonadillera Rosario, “La de Briviesca”, que le acompañaba, a lo que el comandante observó con ironía “Mujeres, otra obsesión del Cojo de Cirauqui”<sup>29</sup>; el detenido añade que se llamaba Benigno Martínez Polo, que era agente comercial de la compañía de seguros “La Vasco-Navarra”, natural y vecino de Soria, que estaba casado y tenía siete hijos, los dos mayores postulantes religiosos, y que no tenía nada de guerrero y quería coger el tren de vuelta a Tudela.

Entonces el comandante le recuerda los sucesos de Murillo el Cuende y la “reciente matanza de San Martín de Unx” y le dice que algunos de los voluntarios asesinados allí eran del pueblo donde se encontraban, lo que explicaba los gritos de “¡muera el Cojo de Cirauqui...! y ¡Asesino!” Añadió que Mendiry exigía que se lo entregasen vivo o muerto. De nuevo el preso negó ser “El Cojo de Cirauqui”, cuya mención

*era como mentar al mismo diablo. Se relataban hechos espe-luznantes protagonizados por el carnicero de la contraguerrilla. Pero, ¡qué derrotero hubiera tomado la tercera guerra carlista sin la eficacia manifiesta de Tirso Manuel Lacalle Yábar, hábil como nadie para arrancar confesiones a los prisioneros y propagar pá-nico por los lugares más proclives a la causa de Carlos VII.*

El relato da un giro cuando el detenido admite entonces que había quedado cojo en una reyerta, que se llamaba Tirso Manuel Lacalle Yábar, pero que había decidido cambiar su nombre y que estaba dispuesto a contemporizar con el nuevo gobierno de Madrid establecido tras el golpe de Pavía. El comandante ordena a un piquete hacer unas descargas que se confunden con el jolgorio del pueblo que celebraba sus fiestas patronales y con el alcalde, un carlista que había sido perseguido por los carlistas, convencen a los vecinos que se habían librado de “El Cojo de Cirauqui”. Este había caído cuando trataba de escapar, aunque “nadie se preocupó de dos frailes, uno de ellos cojo, que abandonaron el pueblo en el tren que se dirigía Tudela”<sup>30</sup>.

Hace más de veinte años Javier López Andoño (Puente la Reina, 1926), que se refirió a las “opiniones contrarias y hasta contradic-



torias” sobre él, estaba haciendo su biografía, pero al parecer no la culminó<sup>31</sup>. En nuestros días la imagen predominante sobre nuestro personaje es todavía la proyectada por los carlistas y otros que aceptan sin más su presunta crueldad. Así, en 2001 Pedro Arrese y José Ángel Pérez-Nievas dieron por hecho que el 29 de marzo de 1875 mandó fusilar a ocho prisioneros carlistas<sup>32</sup>.

Más recientemente el prestigioso escritor en castellano y euskera y traductor Eduardo Gil Bera alude a que Lacalle:

*hizo la carrera, vieja como mundo, de terrorista a prohombre. Reciclado por el general Moriones, de carne de presidio, ordenó asesinatos con ensañamiento a lo largo de 1874 y 1875, en varios pueblos como Larraga, Murillo el Cuende, Ujué y San Martín de Unx*<sup>33</sup>.

Una página web, que trata de Ezequiel Llorente y Tirso Lacalle, sigue a pie juntillas las invectivas contra Lacalle y habla de que los diarios carlistas calificaban sus acciones como de “hecho horrible, inverosímil para la hidalguía española”, y lo tachaban de “criminal” y “desalmado”<sup>34</sup>. Aparte de esto, en la representación de “La batalla de Lácar” de 2016 se incluyó la figura de “el cojo de Cirauqui”, pero ignoro cómo fue caracterizado<sup>35</sup>.

En 2020, Jeremy MacClancy dedicó un capítulo entero, “El carlismo de pueblo”, a Cirauqui en la edición en castellano de su libro publicado en 2000 en inglés. En él se ocupa de la historia socioeconómica y político-militar y diversos aspectos del Requeté y dedica varias páginas (63-69) a la segunda República en la localidad<sup>36</sup>. No obstante, no trata, porque no es su objeto, de Lacalle, por lo que esta obra viene a completar un aspecto del muy interesante libro del conocido antropólogo inglés.

Por lo demás, es difícil evaluar el grado de conocimiento de nuestro personaje en su pueblo natal, si bien los vecinos consideran lo ocurrido en él en julio de 1873 “como parte de su historia local (...) y del patrimonio común”<sup>37</sup>. De cualquier manera, el recuerdo de lo ocurrido aquel mes permaneció de tal modo que cuando MacClancy estuvo en el pueblo en los años 80, le dijeron que todavía se podía ver sangre en la muralla donde mataron a los voluntarios<sup>38</sup>. Así se explica que un niño de 14 años, Alberto Armendáriz Izco,

presentara un trabajo escolar “El ‘sitio’ del fuerte de Santa Catalina”, que obtuvo el segundo premio del Certamen de Historia de Cirauqui/Zirauki del Ayuntamiento de la villa en 2020.

El estudio de la vida de Tirso Lacalle se ve lastrado porque la mayoría de los autores se copian unos a otros y resaltan lo que les interesa según sus fobias y filias respectivas. La pasión partidista, que hace que carlistas y liberales se desacrediten con los mismos calificativos: crueles, vengativos, etc., tiene particular relevancia entre los detractores y apologistas de Lacalle. De ahí la dificultad de diferenciar los hechos verídicos entre las noticias más o menos sesgadas e incluso más o menos imaginarias o meramente propagandísticas de ambos bandos. En este sentido, ya en 1895 con ocasión de su segundo matrimonio, *La Voz Montañesa* (Santander), bosquejó una semblanza, diciendo que “la historia se unió a la leyenda, y bien pronto se apoderó con mil fábulas de la figura de don Tirso”<sup>39</sup>. Recientemente Manuel Espín ha manifestado que Lacalle “tuvo una vida que parece extraída de un relato de ficción”<sup>40</sup>.

Por otro lado, como ocurre en las biografías, algunas noticias aisladas abren vías de investigación o plantean aspectos difíciles de seguir. Hacia 1874-1875 trabó gran amistad en Tafalla con el farmacéutico, bioquímico y futuro senador José Rodríguez Carracido (Santiago de Compostela, 1856 - Madrid, 1928), al cual, aunque solo tenía 19 años, le habría ofrecido un acta de diputado de Cortes por Navarra. Además, cuando este fue destinado a Olite en 1876, intervino ante el ministro de la Guerra para que fuera destinado a Madrid. Ciertamente habría que verificar la exactitud de la noticia, y si Lacalle estaba en condiciones de hacer dicha oferta, pero apunta a que ya tenía influencia<sup>41</sup>. Como se refiere más adelante, tampoco he podido averiguar cuándo y en qué circunstancias fue a Marruecos.

En este contexto, después se trazó una breve semblanza de nuestro contraguerrillero en 1985<sup>42</sup>, durante muchos años pensé que alguien se dedicaría monográficamente a él, pero, como, que sepa, nadie lo ha hecho, en la línea de otros trabajos sobre el liberalismo navarro<sup>43</sup>, ofrezco aquí un primer acercamiento a su figura a la espera de poder consultar documentación privada y nuevas fuentes, como la sumaria abierta a instancias de las viudas y los padres

de los asesinados en julio de 1873 en Cirauqui (ver pg. 44-45)<sup>44</sup> y otras del Archivo General Militar sobre la última guerra carlista y su estancia en Filipinas, etc.

Por desgracia, la información sobre la primera etapa de su vida es muy escasa y lo mismo ocurre sobre su estancia en dicho archipiélago<sup>45</sup>. Por ello el trabajo se centra sobre todo en la segunda guerra carlista en la que precisamente su nombre y apodo alcanzaron tal protagonismo que fue conocido en toda España.

Con objeto de enmarcar su trayectoria, tras describir sumariamente la situación socio-económica y política de Cirauqui antes de dicha guerra y el entorno familiar, me ocupo de los cambios políticos que siguieron a la revolución de septiembre de 1868 en el pueblo. Después, dada su relevancia en la trayectoria de Lacalle, trato detenidamente de la masacre de los voluntarios de la República cometida por los carlistas el 13 de julio de 1873.

A continuación, recojo información sobre sus correligionarios liberales de Cirauqui para conocer su perfil socioeconómico y sus vicisitudes después de ese día (cómo fueron socorridos en Pamplona, su ingreso en la compañía de emigrados de Pamplona, la Guardia Foral de Navarra y en las contraguerrillas, sobre todo en la de Ta-falla). También me ocupo de las acciones de guerra más importante en las que participó al frente de esa última y doy información sobre sus hipotéticos fusilamientos de prisioneros carlistas (algunos claramente inventados) que acreditarían su presunto carácter cruel y sanguinario. Tras ocuparme de las cuentas de la contraguerrilla, dado su interés, reproduzco varias semblanzas suyas trazadas entre 1875 y 1879 o correspondientes a esos años, y asimismo textos personales para dar a conocer sus puntos de vista de primera mano.

También dedico un apartado a la polémica y complicada aclaración de las cuentas municipales durante el tiempo que fue depositario de Cirauqui, debido a que muchos documentos administrativos para justificar gastos se perdieron durante los sucesos de julio de 1873. Al decir de Lacalle fue la animadversión de los carlistas y de los primeros ayuntamientos de la posguerra hacia los liberales y particularmente hacia él, lo que explicaba que fueran rechazadas, aunque es evidente que faltaron justificantes y hubo errores en algunas partidas. En todo caso, se le reconoció su derecho a perci-

bir las principales cantidades que él había consignado en su favor. Asimismo, trato de la agria polémica que mantuvo con uno de sus hombres más cercanos durante la guerra, el teniente Miguel Caro, a propósito del nombramiento de un cargo municipal.

A continuación describo los principales hitos de su trayectoria hasta su retiro en 1901, y en la última etapa de su vida hasta su muerte en 1920. Finalmente, doy cuenta de sus dos matrimonios y de sus descendientes.

Para la realización del trabajo, se han consultado los fondos de diversos archivos (sobre todo del Archivo General de Navarra, Archivos Diocesano de Pamplona, municipales de Cirauqui, Estella, Pamplona y Tafalla y el de la Real Academia de la Historia), y también un gran número de publicaciones periódicas, ya que sus noticias pueden considerarse en general fidedignas, pues algunas tenían sus propios corresponsales sobre el terreno y otras procedían de la *Gaceta de Madrid*<sup>46</sup>.